

hizo ver cuán poco amor tenía por Jesucristo, diciéndole: «¡Cómo! ¿Jesucristo no se avergonzó de morir en una cruz para redimirnos, y V. se avergüenza de formar sobre V. la augusta señal de nuestra redención?»

En el siglo vi hubo en Roma una peste muy perniciosa en la que morían de repente las personas cuando eran atacadas por la misma, sobre todo cuando hostezaban. De aquí vino el uso que subsiste aún de decir á aquel que bosteza: «Válgale Dios; Dios proteja á V.; *Domine tecum*, el Señor esté con V.»; ó alguna otra palabra de buen deseo. Se moría igualmente al instante mismo que uno bostezaba; se daba entónces uno prisa de encomendarse á Dios, y de fortalecerse con la señal de la cruz. De aquí vino la costumbre que existe aún en muchos lugares de hacer la señal de la cruz cuando uno bosteza.



A LOS  
**OBREROS MEXICANOS**

EN LA  
DISTRIBUCION DE PREMIOS

EL AÑO DE 1879

~~~~~  
¡Canto la cruz! ; que se despierte el mundo!  
; Que un entusiasmo inconcebible sienta!  
Pues por do quier la cruz se le presenta  
Cual signo indefectible de la luz.

Sí, de la luz que brota del Calvario,  
Eclipsando del sol la clara lumbre ;  
De ese Golgóta santo en cuya cumbre  
Espira un Dios tendido en una cruz.

Y desde entónces con fragor horrible  
Cayeron del esclavo las cadenas:  
Y desde entónces las ajenas penas  
Como propias las siente el corazon.

Y del dolor las horas perezosas  
Fugaces se deslizan en la sombra,  
Por el heroísmo de quien nadie nombra,  
Que es bendecido del inmenso Dios.

De esa cruz á la sombra veneranda,  
A la cual hace tiempo que yo acudo,  
Mi polvorosa frente la sacudo,  
Y dejo al fin al corazón hablar.

Hijos cual yo, de vacilante suerte,  
No os acobarde un porvenir oscuro;  
Que el que vive de fe vive seguro,  
En el Señor sabiéndose apoyar.

El rico que es injusto goza apenas  
De interrumpido é intranquilo sueño;  
Mientras el nuestro, plácido, risueño,  
Se muestra siempre por favor de Dios.

No vayáis á cambiar la dicha grande  
Que al pobre asiste, y tan dichoso lo hace,  
Por un humo fugaz que se deshace  
Al solo aliento de la humana voz.

No vayáis á trocar con necia mano  
Nuestra tranquila é inocente suerte,  
Que hace dulce la vida, y que la muerte  
Con tanta abnegacion hace esperar,

Por la existencia del que infame niega  
Que existe un Dios que justiciero mira  
Las obras del impío, que al fin espira  
Blasfemando de Dios y amando el mal.

No queráis necios el trocar la creencia  
Que nos mostró piadoso el misionero,  
Que profesa ferviente el mundo entero,  
Y creyentes ostenta mil y mil,

Por nueva religion no mexicana  
Que en su patria, por día, pierde terreno,  
¿Consentiréis en el querer ajeno,  
De nuestra patria renegando así?

Si tal queréis, abjuraréis primero  
De nuestras madres la bendita creencia;  
Mudaréis en seguida hasta la esencia  
De lo que hasta hoy el corazón amó.

Arracad, arracad con rabia impía  
Del querido taller la imagen santa,  
Que en tiempos más felices, sacrosanta,  
Vuestro trabajo con amor miró.

Apagad esa lámpara que ardía  
Delante de María Guadalupe;  
Que el pastor protestante vea mañana  
Blanquecina y desnuda la pared.

En los pesares de la vida triste  
Sus preces el obrero mexicano  
No elevará cual ántes, nunca en vano,  
A la Virgen patrona del taller.

Mas no, que obrero soy, y siento hierve  
En amor á la Virgen sacrosanta  
Mi pecho ardiente y creo su imagen santa  
Guardarán mis hermanos con amor.

La guardarán como memoria dulce,  
Que al que sufre sin fin en este suelo  
Es prenda de su dicha y su consuelo  
La Virgen pura, que también lloró.

¡Qué! ¿temeremos si con Dios estamos

La risa insulsa de ignorancia impía  
Que estigmatiza con audacia hoy día  
A los que á Dios se atreven á adorar?

¿Temeremos tal vez se nos acuse  
De que amamos odiado retroceso,  
Poniendo trabas al actual progreso  
Que por do quier miramos admirar?

Progreso y grande ante la cruz se ostenta ;  
Venid, hermanos, y con oído atento  
De grande multitud dulce contento  
Fervientes escuchad... allí veréis

Que los unos, obreros cual vosotros,  
Estudian de los números la ciencia ;  
Mientras los otros, con sin par paciencia,  
A leer se esfuerzan y á escribir también.

Y de esta noche el esplendor sublime  
Entusiasma su mente y la arrebató ;  
Ya no hay temor de que su fuerza abata  
El fastidio que impide progresar.

Y ante tan bello y esplendente triunfo  
Que alcanzan hoy obreros mis hermanos  
Con entusiasmo digo : ¡ *Mexicanos,*  
*Ante la cruz, progreso y libertad!*

LIC. SEBASTIAN ALAMAN.

## LA MANO DEL SACERDOTE <sup>(1)</sup>

¿ Por qué beso la mano del sacerdote ?

1.º Porque ella fué la que trazó sobre mi pecho y mi corazón la señal de la cruz. Dos beneficios dispensa el sacerdote señalando solemnemente con la cruz: ennoblecer las ideas y los afectos. La cruz es el arma espiritual que aleja de la inteligencia las dudas y vacilaciones que la anublan; es la figura de aquella cátedra gloriosa levantada en la cumbre del Calvario, desde la cual el maestro de las almas, la verdad encarnada, con sus sufrimientos nos enseñó á creer, y derramó con la fe, cimentada con su sangre, la luz indefectible del espíritu. Señalando mi corazón con la figura de la cruz, unió mis sentimientos á los que agitaron al dulcísimo corazón de mi Padre y Redentor Jesús, volcán inmensurable de caridad, y así la mano del sacerdote amparó mi frente contra las invasiones del error y mi corazón contra la tiranía del odio. La cruz me sujeta á la verdad y enciende en mí el amor.

(1) Tomado del periódico semanal *La Caridad*, de Yucatan.

2.º Porque esa mano, derramando sobre mi cabeza el agua santa de la regeneración, me purificó de la culpa original y me abrió las puertas de la Iglesia. — En efecto, por el bautismo fui inscrito en el libro de la vida, fui libertado de la esclavitud del maligno espíritu, obtuve el derecho de ser llamado hijo de Dios y de participar de la herencia del Padre celestial. Así como el maligno espíritu se valió de la mano de Eva para ofrecer á Adán, padre del género humano, la fruta prohibida, gérmen de la muerte, así el Espíritu Santo, que anima á la Iglesia, se sirve de la mano del sacerdote para alargar la fruta de la gracia divina, vinculada en el bautismo, que es fruta de resurrección y de inmortalidad.

La beso, pues, respetuosamente, recordando que esa mano me levantó del abismo de las tinieblas y me trasladó de la region del pecado á la de la gracia.

3.º Porque esa mano es la que, autorizada por Dios, me dispensa el perdón, absolviéndome de mis culpas; la que cura las heridas abiertas en mi alma por las pasiones; la que me conforta y sostiene cuando vacilo en la pendiente de la tentación.

Sí; la besaré reverente y me acercaré con frecuencia al tribunal de la misericordia. Junto

al confesonario, que es la piscina de curación espiritual, está el sacerdote que me espera para tenderme la mano y acompañarme á tocar las aguas medicinales de mi alma. Me examinaré, me arrepentiré de mis culpas, las confesaré y me haré digno de recibir la absolución de esa mano que beso. El paralítico, de que nos habla el Evangelio, estuvo treinta y ocho años al borde de la piscina de curación, sin alcanzar la salud apetecida, y preguntándole el Salvador por qué no estaba curado despues de tanto esperar «Señor, contestó, no tengo quien me tienda la mano; baja el ángel, mueve el agua, otro desciende, y yo me quedo postrado.» Yo soy más dichoso, porque el sacerdote está siempre junto á mí, y asiéndome de la mano me hará tocar el agua regeneradora.

4.º Porque me señala el camino que conduce de la tierra al cielo, abriendo ante mis ojos libros de santa instrucción y presentándome ejemplares de sólida virtud. Los que no me quieren tan sólidamente como me quiere el ministro de Dios, me señalarán senderos más apacibles á la degenerada naturaleza, mostrándome el camino del deleite, de la fortuna, de la gloria terrenal; pero la mano del sacerdote, es la del amigo que me entrega el libro de la ley de Dios y el de la vida de los santos.

« Estudia, me dice, la doctrina de salvacion, contempla los actos edificantes de los santos que fueron los discípulos de esta doctrina. » De este modo me enseña el sacerdote á ser discípulo de Jesucristo, á ser firme en mi fe, y á precaverme de los que quieran pervertirme.

5.º Porque me alarga el pan santo de la Eucaristía, con el que me alimento y robustezco cuando, abatidas las fuerzas por el cansancio del combate que sostengo contra mis pasiones, desfallecería sin el auxilio de la adorable comunión. — La mano del sacerdote es la que me administra la celestial comida, que se llama el pan de los fuertes. El pan que el sacerdote me da, es el que fortificó el corazón de las vírgenes que, no obstante su debilidad, supieron desafiar el furor de las fieras en los circos paganos; es el que comunica fuerza á los vacilantes para arrostrar las contradicciones dirigidas contra la fe y la virtud: el sagrado pan sostiene la vida, eleva los sentimientos, desarrolla el amor divino, agiganta las fuerzas del alma, purifica el corazón y nos inmortaliza. Al darme la comunión el sacerdote, me da la semilla más fecunda de la santidad.

6.º Porque sostiene y eleva la Sagrada Hostia, convertida en el adorable cuerpo de mi Dios, y el cáliz venerable que contiene la pre-

ciósima sangre de Aquel que me redimió. — Santa es la mano escogida para ser el trono en que se eleva la suprema Majestad de Jesucristo, en el Sacrificio incruento de la misa. Si toda alma devota se postra con respeto ante el pesebre de Belen, porque sirvió de cuna al tierno hijo de María; si con respetuoso temor se inclina el hombre ante el *Lignum crucis*, por ser fragmento de aquel madero Sagrado que sostuvo al Redentor agonizante y muerto, ¿cómo no había de besar la mano, que es el pesebre en que Jesus nace y la cruz en que Jesus se sacrifica cada día en el Belen y en el Calvario del altar? Dichoso de mí si al besar la mano del sacerdote avivo la fe en los grandes misterios que por ella se repiten en la santa misa!

7.º Porque al ser ordenado ministro de Dios, el Obispo, sucesor de los Apóstoles, se la ungió con el santo crisma, ennobleciéndola con estas palabras: « Dignate, Señor, consagrar y santificar estas manos por efecto de esta unción y de nuestra bendición, á fin de que todo lo que bendijeren quede bendito, y cuanto consagren quede consagrado y santificado en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. » ¡ Tan glorioso es el destino de la mano sacerdotal! por esto la beso. Besando esta mano ungida, beso el manantial de todas las bendiciones que de ella

fluyen, beso en su principio todos los objetos por ella bendecidos, y beso en espíritu la Hostia adorable que ella santifica y consagra, beso á Jesus que la consagró y que fué por ella consagrado. La fe y el amor brillen en este humilde y noble beso de los labios.

8.º Porque ella, cuando el hombre se encuentra en los linderos de la eternidad, derrama sobre los sentidos de mi cuerpo el óleo santo que, fecundizado por la gracia de Jesucristo, perdona los extravíos que con ellos padeciera. Es la mano que me ase fuertemente para que pueda dar con acierto y seguridad el último paso en la terrenal peregrinación. La beso, porque desde la cuna, en que me dió el bautismo, hasta el lecho de la muerte, en que me dispensa la última unción, no me deja un solo instante. Dios ha constituido al sacerdote una especie de ángel custodio que no me desampara ni en la hora en que la sociedad y la familia ya nada pueden esperar de mí. Es la mano de mi primero y último amigo, la que me unge al venir al mundo para que sepa vivir, y me unge al irme de la tierra para que acierte á bien morir.

9.º La beso porque, bendiciendo el matrimonio de mis padres, santificó mi casa y derramó el espíritu de Dios en mi familia. En

efecto, santificando á mis padres puso los fundamentos de mi casa moral, la que, teniendo tan elevado origen y estando erigida bajo tan saludable influencia, está al abrigo de las funestas consecuencias de aquellas sociedades domésticas, á las cuales aludió el Espíritu Santo con este anatema: *Si el Señor no edifica la casa, vanos son los trabajos de los edificadores.* Mi casa empezó con la sagrada bendición del sacerdote, y por ella mis padres son para mí la representación más inmediata de la Divinidad, de tal modo que, cuando ante ellos me inclino, lo hago ante Dios; á Él obedezco obedeciendo á mis padres, y si llegare á ultrajarlos, lo que Dios nunca permita, á Él alcanzarían mis ultrajes. La bendición de esa mano que beso, reflejó en la frente de mis padres un destello de la luz divina, hermosa corona que embellece á los esposos cristianos y que convierte en ángeles bellos á los hijos de las casas santificadas.

10. Porque al estar próximo mi fin temporal, esa mano me presentará como modelo y esperanza la santa imagen de Cristo crucificado, endulzando las amarguras indispensables en mi última hora. Esa mano que ofrece al moribundo la imagen de Cristo, le consuela, pues le dice en sustancia: «No temas los horrores y la estrechez del sepulcro; no, porque

si bien tu cuerpo extenuado va á parar en tan estrecha y despacible cárcel, tu alma va á penetrar en el espacioso cielo de ese corazón adorable que Cristo tiene abierto de par en par. Antes tu espíritu habrá penetrado en ese volcan de la caridad divina, que haya descendido tu cuerpo al podrido de la carne humana; sí, tu espíritu estará ántes en el corazón de Jesús, que tu cuerpo haya bajado á las entrañas de la tierra, ¿qué debes temer?» ¿No es un consuelo, y consuelo imponderable, el que me proporciona la mano del sacerdote, presentándome la imagen de Cristo agonizante en la hora de mi agonía?— Hago, pues, bien en besar agradecido una mano tan benéfica.

11. Porque es la que despues de haber bendecido todos los pasos del hombre desde el oriente al occidente de su vida, derrama sobre su sepulcro el agua de la santa misericordia, consolando á cuantos, teniendo los ojos fijos en las cenizas de los seres queridos, están sedientos de esperanza. Esa mano que beso, con su bendición ha santificado la tumba, que es la urna preciosa, guardadora de los restos mortales de los que me precedieron en la entrada á la eternidad. El agua bendita que derrama con el hisopo sobre la tierra, que ha de confundirse con los huesos de los que me fueron queridos,

al mismo tiempo que atrae la indulgencia sobre los difuntos, infunde á mi alma íntima esperanza. Regando las cenizas sepultadas el sacerdote, me demuestra que el sepulcro contiene algo más que un muerto, que allí está depositada una semilla de vida y que de allí brotará de nuevo en el día de la resurrección aquel cuerpo que ahora, cual mustia planta, yace abatido. No se riega la semilla muerta, sino la que es capaz de vegetar. El agua bendita con que el sacerdote riega la tumba es una ceremonia de bendición y esperanza.

12. Porque depone en sufragio de mis difuntos antepasados el sacrificio del pan y del vino sagrado; desatando sus alas para que puedan volar al seno de Dios, que es el de la eterna felicidad. Este es otro de los beneficios que la mano del sacerdote me dispensa. El sacrificio que efectúa no sólo es en honra y gloria de Dios, sino que también sirve de alivio á los que terminaron la peregrinación terrenal. El pan del altar es el de las almas, así de las que militan en las batallas de la vida, como de las que purgan las defecciones sufridas en la guerra contra el mundo, demonio y carne. Dios recibe de la mano del sacerdote el sacrificio y envía al alma paciente el fruto del sacrificio recibido de la mano sacerdotal. Así

puede decirse que la mano sagrada que beso es la que introduce á la gloria al que en su antesala (el purgatorio) esperaba el indulto de sus culpas.

13. Porque es la mano que Dios eligió y santificó para administrarme los sacramentos de resurreccion y de vida, devolviéndome lo que la culpa me arrebató, y restaurando en mí la imagen divina que Adán desfiguró. La Iglesia es la verdadera madre espiritual del hombre; ella le engendra en su seno y le da á la luz de la gracia por medio del Bautismo; le fortifica y robustece en la Confirmacion; le salva y cura por la Penitencia; le nutre y alimenta por la Eucaristía; le conforta y lleva á feliz término por la Extremauncion: la mano del Obispo, que tiene la plenitud del sacerdocio, perpetúa el magisterio cristiano por el Orden; y la bendicion del sacerdote santifica la familia por el Matrimonio. — La mano del sacerdote es la que restaura la belleza y magnificencia del hombre espiritual, y la que le reintegra por las maravillas de la gracia, vinculada en los sacramentos, en la posesion de los derechos y prerogativas de hijo de Dios.

5

# VIDA

DE LA

## SANTÍSIMA VÍRGEN

y explicacion del

### AVE MARÍA

tomadas en su mayor parte de la

HISTORIA DE LA MADRE DE DIOS

Y DE SU CULTO,

por el

ABATE ORSINI,

DEDICADA Á LA NIÑEZ DESVALIDA.



2.ª edicion publicada por

JOSÉ VICENTE ALVAREZ DE ALONZO.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA,

calle de la Puerta ferrisa, núm. 16.

1883.